**Las Guerras de los Petrodólares**

La (De) Construcción de la Unipolaridad Estadounidense

2017

Introducción

¿Por qué Estados Unidos atacó a Irak (en 1990, luego en el 2003, y desde entonces)? ¿Por qué Estados Unidos destruyó a Libia en el 2011? ¿Por qué Estados Unidos pretende hacer todo lo posible para “contener” estratégicamente a la Federación Rusa y económicamente a la República Popular China? ¿Por qué los estadounidenses se dedican activamente a “liberar” países del Medio Oriente de sus gobernantes, pero hace absolutamente nada para “liberar” las poblaciones de los países de la África Subsahariana? ¿Por qué Estados Unidos expresa tanta preocupación y actúa militarmente para “salvar” las poblaciones musulmanas en países como Siria y Libia, empero hace absolutamente nada por los musulmanes de la Palestina o el Pueblo Rohinyá (musulmán) en Birmania Occidental? Finalmente, ¿por qué el dólar estadounidense sigue siendo la moneda de reserva internacional, a pesar de que no es convertible al oro, y es la moneda del país más endeudado del planeta?

La respuesta a todas estas preguntas es el petróleo, naturalmente. No obstante, el problema principal que enfrentamos al otorgar este tipo de respuestas, es lo tan reduccionista, superficial y limitado que es esta, ya que la palabra debe ofrecer una explicación que contenga una serie de procesos sociohistóricos altamente complejos e interrelacionados, los cuales no pueden ser reducidos a un aspecto o una dimensión en particular. Este tipo de respuestas se hace menos tangible si tomamos en consideración las realidades de la segunda década del Siglo XXI, década en la cual múltiples polos de poder en el sistema internacional luchan para afianzar - o descarrilar - un proyecto de hegemonía unipolar. El petróleo, sin duda alguna, se encuentra en el centro de una gran parte de estos complejos procesos sociohistóricos, empero si sustentamos todos nuestros análisis sobre las realidades internacionales empleando esta categoría en particular – la cual se encuentra así completamente subdesarrollada sociohistóricamente - estaríamos ofreciendo muy generosamente una invitación abierta a todos los defensores y apologistas del proyecto unipolar estadounidense, para que fácilmente desacrediten cualquier argumento crítico de la política exterior estadounidense y del propio sistema internacional.

El documento actual no pretende evaluar todas las complejidades del sistema energético global, y sus intrínsecas relaciones con el sistema financiero internacional, o las interminables y sangrientas guerras imperiales impulsadas por Estados Unidos y sus aliados. Esta última tarea requiere de varios volúmenes de libros, y no un simple artículo. En vez, solo nos reducimos al modesto y limitado objetivo de resaltar ciertos elementos que, conjuntamente, pudieran fortalecer una tesis en particular. La tesis en cuestión es la siguiente: El conflicto geopolítico global más importante y que define la gran mayoría de las interacciones (secundarias) en el resto del sistema internacional es la actual Guerra Fría entre Estados Unidos, por un lado, y la Federación Rusa y la República Popular China, por el otro. Los elementos expuestos aquí buscan relacionar las acciones (y no las “políticas anunciadas”) del gobierno estadounidense en el ámbito internacional, a las realidades del mercado petrolero y el sistema financiero global, con la finalidad de generar ciertas herramientas explicativas sobre el rol del sistema financiero internacional en el ejercicio del poder en el sistema internacional.

Las motivaciones de Estados Unidos en el ámbito internacional, no solamente se desprenden de los deseos y las necesidades de controlar todos los “pozos de petróleo” en el planeta, sino al igual de otros factores que son igualmente importantes (o quizás hasta más importante): mantener el dólar estadounidense como la moneda de reserva mundial, mantener el mercado energético sometido completamente a los vaivenes de la moneda estadounidense, y destruir cualquier esfuerzo que pretende desplazar lo que en este documentos denominamos el “patrón petrodólar” – el sistema financiero-monetario que sustituyó el “patrón de convertibilidad al oro” de Bretton-Woods, y que sobrevivió desde 1944 y hasta 1971. Aquí, exploraremos primeramente el famoso “Nixon Shock” de 1971 y el “divorcio” entre el dólar estadounidense y las reservas de oro de ese país. Seguidamente, veremos cómo el país norteamericano estableció un nuevo patrón – el patrón petrodólar – para mantener la demanda global por su moneda nacional, a través de ciertos acuerdos secretos (ya que no son muy secretos que digamos) entre los anglosajones y los wahabitas de Arabia Saudita.

Exploraremos brevemente en este artículo las razones por las cuales Estados Unidos y sus lacayos destruyeron a Irak y a Libia, y la relación de dichas invasiones con el patrón petrodólar y la moneda estadounidense. Consideramos que una evaluación de las guerras de los petrodólares y del sistema financiero internacional, nunca estaría equilibrada sin mencionar la destitución y “neutralización” política del ex – director del Fondo Monetario Internacional (FMI), el francés Dominique Strauss-Kahn, en el 2011. Todos estos elementos nos ayudaran a comprender ciertos aspectos de la Guerra Fría actual entre las tres potencias antes señaladas, y el rol de Rusia y China en desafiar la unipolaridad estadounidense.

Quien suscribe no pretende descartar los argumentos críticos que relacionan el petróleo con las motivaciones estadounidenses, sino profundizar y redimensionar estos, otorgándole un contexto sociohistórico más profundo, una sustentación transdisciplinaria más amplia, y un análisis multifacético más complejo. En pocas palabras, solo deseamos “blindar” o quizás “sofisticar” la crítica que ya existe del status quo en el sistema internacional, contra las pretensiones de los apologistas y los portavoces imperiales.

El “Nixon Shock” de 1971

Es bien conocido que el 15 de agosto de 1971, el trigésimo séptimo Presidente estadounidense Richard Milhous Nixon anunció el fin de la convertibilidad del dólar en oro, quizás una de las noticias más importantes del Siglo XX, aunque pocos comprenden su impacto. La convertibilidad del dólar al oro era uno de los aspectos fundamentales del sistema Bretton-Woods, establecido en 1944. Si se presentaban treinta y cinco (35) “notas de un dólar” emitidas por el “Federal Reserve” (La Reserva Federal, el banco central estadounidense) – es decir, $35 - en la taquilla de convertibilidad del señalado banco central, se podía obtener una onza de oro, la cual representaba oficialmente esas treinta y cinco notas. Los dólares estadounidenses se imprimían (hasta entonces, supuestamente) en base a las reservas de oro que existen en el Fuerte “Knox” en Kentucky, y los depósitos de oro en la ciudad de Nueva York.

La supremacía del dólar estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial es fácil de comprender: como la única potencia global que sobrevivió el conflicto con su capacidad industrial y financiera intacta, Estados Unidos se encontró en la envidiable posición de dictar la naturaleza del nuevo orden económico (pero específicamente el financiero) mundial. Estados Unidos era la única potencia que podía producir cualquier producto en grandes escalas inmediatamente después de la guerra, pues aunque los soviéticos también podían producir, una gran parte de su aparato industrial estaba en ruinas, producto de la llamada “Operación Barbarroja” y las políticas de “tierra arrasada” de los nazis (cabe destacar que la totalidad de la II Guerra Mundial se dio fuera de los territorios continentales de Estados Unidos, este país felizmente protegido por los “Generales” Atlántico y Pacífico). Producto de esta realidad, los europeos, los asiáticos, los norafricanos y los latinoamericanos requerían de grandes cantidades de dólares para poder adquirir los productos norteamericanos, problema que fue resuelto para los europeos con el Plan Marshall, por ejemplo, durante la primera década del período pos-Guerra. Para América Latina, no hubo “Plan Marshall”, solo hubo el TIAR y la OEA y decenas de invasiones e intervenciones. Ese plan para América Latina aún persiste, 74 años después del fin de la Segunda Guerra Mundial.

En vez de depender directamente del patrón oro que existió durante el Siglo XIX y una parte del XX, los acuerdos de Bretton-Woods crearon un sistema de tipos de cambios fijos gestionados por las instituciones del mismo sistema, utilizando el dólar estadounidense como “moneda de reserva”, empero esta última respaldada por las inmensas cantidades de oro que posee (o poseía) Estados Unidos. No era un “patrón oro” en el estricto sentido del término, sino una relación orgánica entre las notas del Federal Reserve y los depósitos de oro estadounidenses.

Los países miembros de Bretton-Woods tuvieron que establecer una paridad entre sus monedas nacionales y la moneda de reserva: el dólar estadounidense. De esta manera, en el nuevo sistema financiero internacional de Bretton-Woods, el dólar norteamericano asumió el rol que tenía el oro (y la Libra Esterlina) en el sistema del patrón oro del Siglo XIX. Estados Unidos aceptó vincular su dólar (un "peg" en inglés – sujetar o ajustar un objeto a otro) al oro con el valor señalado anteriormente. El sistema fue aceptado por varias razones (principalmente, los resultados de la Segunda Guerra Mundial), entre ellas el hecho de que Estados Unidos poseía para entonces la reserva de oro más grande del mundo (supuestamente, 574 millones de onzas. Nunca hubo manera independiente de comprobar esto).

Entre 1948 y 1954, Estados Unidos les entregó a 16 países europeos más de $ 17 mil millones en subsidios (contemplen esta cifra en base a la economía global de la década de 1950, lejos de los efectos inflacionarios acumulados de más de medio siglo), lo cual consolidó el dólar como moneda internacional, expandiendo de esta manera los mercados comerciales y financieros norteamericanos, más allá de sus propios territorios. Si alguien pregunta por qué se dio la Segunda Guerra Mundial, lo que acabamos de señalar sería la respuesta más relevante. Nada que ver con la “lucha contra el fascismo”, sino simplemente tener el lujo de dictar la estructura y el modo de funcionamiento del sistema financiero internacional, con el dólar estadounidense como base, en vez del Reichsmark.

Luego – como para la década de 1960 - empezó la competencia entre las potencias capitalistas, y en pocos años, Alemania, el Japón y otros países recuperaron una gran parte de sus propias capacidades productivas. La crisis del capitalismo global durante la década de los setenta se manifestó en el ámbito internacional en forma de las limitaciones del propio sistema Bretton-Woods y el patrón dólar-oro, en relación a la liquidez del sistema y el verdadero valor de la moneda misma. En el ámbito fiscal estadounidense, la crisis se evidenció a través de los siguientes elementos: altos niveles de inflación, desempleo masivo, deterioro del consenso laboral (huelgas y paros), la temida caída de las tasas de ganancias, drásticas reducciones en los salarios reales, y la falta de incentivos para las inversiones, particularmente las inversiones fijas y de largo plazo.

A principios de 1970, la presión financiera causada por la guerra de Vietnam (entre otros factores) y el aumento del gasto público, aceleró la inflación doméstica, y Estados Unidos adquirió un inmenso déficit en las balanzas de pagos, a la vez de un gran déficit comercial. Lo del déficit comercial fue bastante serio: La economía estadounidense registró en mayo del 1971, por primera vez en el Siglo XX, un déficit en la balanza comercial, ya que importaba más de lo que exportaba. Adicionalmente, los bancos extranjeros poseían muchos más dólares que lo que Estados Unidos poseía en sus reservas de oro. Los europeos y los japoneses empezaron a percatarse de la naturaleza altamente asimétrica del sistema Bretton-Woods, pues las economías nacionales prácticamente financiaban la economía norteamericana, a cambio del “privilegio” de utilizar la señalada moneda.

Mientras que un país tenía que entregar a Estados Unidos productos y servicios a cambio de cada billete de cien dólares, el gobierno estadounidense solo tenía que pagar pocos centavos para imprimir el propio billete. En 1970, Alemania Occidental (bajo el liderazgo de Willy Brandt) fue el primer país en salir del sistema de Bretton-Woods, al rechazar la devaluación del marco alemán para salvar el dólar. Luego, otras naciones comenzaron a exigir el cambio de sus dólares por oro. Suiza redimió $50 millones, mientras que Francia solicitó $191 millones en oro. En 1971, con la caída sostenida del dólar en relación a las monedas europeas, Suiza abandonó por completo el sistema de Bretton-Woods.

Con la separación entre el dólar y el oro, el Presidente Nixon decidió abandonar una de las bases fundamentales del sistema Bretton-Woods. En ese día (uno de los días más significantes de la historia del Siglo XX, a pesar de que raramente se menciona), Nixon ordenó la suspensión del derecho de cualquier gobierno extranjero (o de cualquier ciudadano estadounidense) a solicitar el cambio de sus “notas” del Federal Reserve (el dólar es literalmente una “nota” emitida por el Federal Reserve, como se indica claramente en la parte superior de cada billete) por onzas o libras de oro (Estados Unidos nunca se ha sumado al Sistema Internacional de Unidades de Medidas, y por eso emplea unidades arcaicas y poco científicas como las onzas, libras, millas, galones, etc.).

Poco después, empezó el sistema de cambios flexibles o flotantes (sistema de monedas que no derivan su valor de un factor externo a las mismas, sino de la relación entre ellas). El dólar, en 1971, se transformó en “dinero” fiduciario: una simple promesa de pago, por parte de una entidad emisora (en este caso, el “Federal Reserve”).

Todo esto logró estabilizar el sistema financiero global, pero no logró resolver los nuevos desafíos que surgieron para la hegemonía global estadounidense, la cual depende mucho más de su moneda nacional, que de todas sus armas de destrucción masiva. El objetivo principal que tenía Estados Unidos después del “Nixon Shock”, era fortalecer (reestablecer a través de nuevos medios) la demanda mundial de su moneda nacional. Ya que el dólar estaba respaldado por nada, Estados Unidos tuvo que crear un nuevo sistema que mantuviera la demanda global por su moneda nacional: el petrodólar. La idea básica era relacionar el dólar estadounidense al rubro más importante y estratégico del sistema económico global: la energía de los hidrocarburos. Después de la crisis energética de 1973, esto finalmente se hizo posible.

En pocas palabras, y para hacerlo más sencillo y didáctico, en vez de mantener un “peg” entre la moneda estadounidense y el oro, se estableció un “peg” extraoficial (o de facto, ya que nadie lo declaró formalmente) entre el dólar y el petróleo, con el fin de reposicionar la moneda a escala mundial, y poder seguir imprimiendo dólares que no poseen base alguna en la economía real. Durante de la Guerra de octubre de 1973 entre los árabes y la Entidad Sionista, las monarquías del Golfo Árabe demostraron el poder del oro negro a través del embargo petrolero de ese mismo año. Los estadounidenses decidieron aprovechar la coyuntura para reconceptualizar su hegemonía, expresada en su propia moneda nacional. Irónicamente, fueron los mismos árabes – los del embargo petrolero contra los países occidentales - quienes salvaron el dólar estadounidense de la irrelevancia y la perdición.

Arabia Saudita y los Petrodólares

Después del embargo de 1973, los estadounidenses llegaron a una serie de acuerdos (quizás uno de los acuerdos económicos más importantes del Siglo XX, aunque no se dice mucho al respecto) con la monarquía de Arabia Saudita. En julio de 1974, el ministro de finanzas de Nixon (U.S. Treasury Secretary), William Simon y su viceministro (Assistant Secretary of the Treasury for International Affairs) Gerry Parsky, lograron convencer el gobierno wahabita en el Riad que acepte la implementación de las primeras bases del nuevo orden financiero global. Enviados por el propio Nixon, su tarea consistió en persuadir a los sauditas de emplear las nuevas riquezas financieras adquiridas del embargo petrolero, para lograr dos objetivos fundamentales, a saber:

* Reposicionar el dólar como la moneda internacional (esto implica reimpulsar la demanda global por la moneda estadounidense, después de abandonar el pegging con el oro, a los mismos niveles que existían antes de 1971);
* Financiar el creciente déficit estadounidense, con la finalidad de poder mantener el inmenso gasto público, sin extraer recursos del sector privado (impuestos para los sectores de producción y finanzas). Esto naturalmente implica la impresión continúa de billetes, sin respaldo real o físico.

El primero acuerdo entre Parsky y los sauditas estipulaba que cada barril de petróleo que venda Arabia Saudita a cualquier cliente, tendría un precio en dólares estadounidenses, y debe ser adquirido a través de esa misma moneda (es decir, el rubro se cotiza y se paga solamente en dólares). En este sentido, cualquier país que desea comprar petróleo de Arabia Saudita (y luego de las otras monarquías del Golfo), debe primeramente cambiar su propia moneda nacional a dólares estadounidenses, para luego adquirir el petróleo saudita. A cambio de la disposición saudita de mantener todas sus transacciones comerciales del crudo exclusivamente en dólares estadounidenses, los norteamericanos establecieron una relación estratégica altamente exclusiva con Arabia Saudita, la cual fue superada solamente por la relación que mantienen los norteamericanos con la Entidad Sionista. El formato oficial de los acuerdos tomó la forma de la denominada “The United States-Saudi Arabian Joint Commission on Economic Cooperation” (La Comisión Conjunta entre Estados Unidos y Arabia Saudita para la Cooperación Económica), creada en 1974.

Desde 1975, Estados Unidos y Arabia Saudita – bajo la nueva relación estratégica acordada – lograron convencer a todos los países de la OPEP que tomen el mismo camino de la monarquía wahabita, al cotizar y vender sus barriles de petróleo solamente en dólares estadounidenses, regenerando de esta manera la misma demanda global por el dólar estadounidense que existía antes de 1971. El verdadero poder hegemónico estadounidense durante ese período se evidencia a través de esta medida, más que cualquier otra: hasta la Unión Soviética tuvo que cotizar sus ventas de petróleo en dólares estadounidenses. Por eso es que, hasta el día de hoy, escuchamos que “el precio del petróleo está en treinta o cuarenta dólares”, en vez de veinte y ocho o treinta y ocho euros, por ejemplo.

El reciclaje de los petrodólares fue un complejo sistema de transferencia de riquezas desde los países del Sur – particularmente los países que no producían petróleo, y por ende tenían que comprar dólares para poder importar el rubro - y hacia los países del Norte (principalmente Estados Unidos, aunque la banca europea al igual se benefició del sistema), pasando primeramente por las manos de los productores de la OPEP, tanto las monarquías del Golfo, como la Venezuela puntofijista, la cual cumplió exactamente el mismo rol saudita en este sistema de reciclaje. Cabe destacar aquí que eventualmente la mayoría de los productos derivados del petróleo, a la vez de la tecnología necesaria para las exploraciones, las extracciones y el refinamiento, todos fueron (y siguen siendo) cotizados en dólares estadounidenses.

Este “reciclaje” de petrodólares fue aceptado por los países miembros de la OPEP, ya que sus economías no podían “absorber” la inmensa avalancha de dólares que entraron a sus tesorerías nacionales, producto de la renta petrolera. Al no tener la capacidad y la infraestructura para absorber tanta riqueza liquida y adquirida de manera tan acelerada, estos países prefirieron colocar sus nuevas riquezas petroleras – siempre expresada en dólares - en la banca estadounidense y europea. Lamentablemente, las subdesarrolladas capacidades industriales y bancarias de los Estados miembros de la OPEP, fueron instrumental en la consolidación del sistema de transferencia de riquezas, creando inmensas asimetrías en la distribución de las mismas a nivel global, como se evidencia tan tristemente en las realidades del Siglo XXI.

Los bancos comerciales privados y las otras entidades financieras de los países occidentales – principalmente los de Nueva York y Londres (entidades que no se dedican a financiar proyectos de desarrollo, sino a "loan sharking” – usura) - ofrecían tasas de interés muy bajas para los depósitos de los petrodólares de los países de la OPEP, para luego ofrecer préstamos a los países no – OPEP del Sur, con tasas de interés variables o flotantes, las cuales suelen ser mucho más elevadas que las tasas que le pagan a los petrodólares de la OPEP. La banca comercial privada, en concierto con la Secretaria de Finanzas, la Reserva Federal estadounidense, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, ajustaban las tasas de interés periódicamente con la finalidad de duplicar o cuadriplicar los préstamos otorgados a los países del Sur durante las décadas de 1980 y 1990, todos financiados en primer lugar con los petrodólares de los países de la OPEP.

Irónicamente, con la ayuda de los sauditas y los demás países de la OPEP, Estados Unidos logró reconfigurar el sistema financiero internacional, incluso hasta con mejores ventajas para sus clases dominantes, que las que poseían bajo el sistema de Bretton-Woods. Era como si fuera que Estados Unidos había ganado la Segunda Guerra Mundial una vez más, y ahora disfruta por segunda vez del privilegio de dictar las reglas del sistema financiero global.

Los Treasury Securities Estadounidenses

Claro, como hemos señalado en los dos puntos arriba, los acuerdos entre Estados Unidos y Arabia Saudita no se limitaron a la reinserción del dólar en la economía global como moneda de reserva. Al igual estaba el tema de financiar el déficit estadounidense. Este último punto no implica simplemente “depositar” los petrodólares sauditas y del resto de los países de la OPEP en la banca estadounidense, sino la compra de la propia deuda estadounidense. Cuando los petrodólares regresan a Estados Unidos después de “pasar” por las manos de las monarquías del Golfo y los otros países miembros de la OPEP, el gobierno estadounidense y el Federal Reserve utilizan toda esta riqueza para emitir letras o valores del Tesoro Federal (Treasury Securities, en inglés), creando de esta manera una gran liquidez en los mercados financieros (expandiendo perpetuamente la oferta de dinero del dólar, condición que ninguna otra moneda posee en el sistema financiero internacional), manteniendo bien bajo las tasas de interés y promoviendo el crecimiento no inflacionario. Claro, esta promoción de crecimiento solo aplica para Estados Unidos y ciertos países europeos.

Los acuerdos entre Arabia Saudita y Estados Unidos fueron clasificados como secretos de Estado, tanto por la monarquía árabe, como por la república anglosajona. El componente más secreto, obviamente, fue la cantidad de Treasury Securities y de otros instrumentos financieros que fueron comprados por la monarquía saudita, a lo largo de los años. En marzo del 2016, Estados Unidos – rompiendo el acuerdo de 1974 – publicó por primera vez la cantidad de sus Securities que posee Arabia Saudita (la cantidad de la deuda estadounidense que posee la monarquía árabe): $117 mil millones. El problema con esta cifra es que la secretaría de finanzas de Estados Unidos, en concordancia con los acuerdos de 1974, logró de la manera más efectiva posible y a lo largo de los años, ocultar o “maquillar” una gran parte de la deuda estadounidense en manos de los sauditas.

En primer lugar, los sauditas compraban Securities fuera del sistema de subastas (lo que los norteamericanos llaman “add-ons”, accesorias o pagos adicionales). De esta manera, no se evidencia quien es el verdadero dueño de los Securities adquiridos. Adicionalmente, cuando el gobierno federal estadounidense informa sobre los países que poseen Treasury Securities, Arabia Saudita no aparece en los informes de “transparencia” de la secretaría de finanzas como país individual, sino agrupado junto a otros catorce países como “exportadores de petróleo”, una categoría sui generis en los documentos oficiales estadounidenses.

Una tercera práctica es permitir que Arabia Saudita compre Securities “off-shore” (deslocalización ultramar). Las Securities comparadas a través de centros financieros off-shore (extraterritoriales, en este sentido, fuera del territorio estadounidense), se asignan al país en el cual fueron comprados las mismas, y no al país que efectivamente las compra. Si los sauditas compran Securities estadounidenses off-shore - en los Países Bajos, por ejemplo - estos serían identificados formalmente como “Securities holandeses”, en vez de sauditas, a pesar de que el dueño de estas es el propio gobierno wahabita (en esta relación, Arabia Saudita sería un país acreedor, y Estados Unidos un país deudor).

Por todas estas razones, se hace bastante difícil creer la cifra oficial de la secretaría de finanzas estadounidense emitida en el 2016. Quizás lo que posee Arabia Saudita “on-shore” (en territorios estadounidenses) son $117 mil millones en Securities, pero si contamos los “off-shore” (nadie efectivamente sabe cuántos son, excepto la secretaría de finanzas estadounidense y los propios sauditas), la cifra pudiera ascender a $750 mil millones, la misma cantidad de Securities que Arabia Saudita ha informado recientemente que tendrá que vender, si el congreso estadounidense aprueba (como efectivamente ya lo hizo) una ley que permite a los ciudadanos estadounidenses demandar al gobierno (o el Estado) saudita por su “rol” en los ataques de septiembre del 2001 (la llamada “Justice Against Sponsors of Terrorism Act (JASTA)”, del 2016). Esta ley fue “vetada” por el Presidente Obama – como un acto simbólico que pretende absorber un poco de la ira saudita – empero de todas maneras fue aprobada por el Senado, con el apoyo abrumador de todos los republicanos y la gran mayoría de los demócratas.

Los sauditas, después de tanta ayuda que le otorgaron al gobierno estadounidense, ahora temen que la ley antes indicada sea un mecanismo para que los norteamericanos se “apropien” de los Securities sauditas, embargando activos sauditas para indemnizar los ciudadanos estadounidenses que ganen demandas contra el gobierno saudita, todo “legalmente” justificado en las cortes estadounidenses. Arabia Saudita, como otros países (la Argentina de 1982), se confió erróneamente en la supuesta relación estratégica de largo plazo que tenía con Estados Unidos, cuando en realidad ese país posee relaciones estratégicas de largo plazo solamente con su propia gente (los anglosajones de Gran Bretaña – vea la Guerra de las Malvinas) y la Entidad Sionista (vea toda la historia de las relaciones Estados Unidos – Entidad Sionista).

Para comprender la magnitud del sistema de petrodólares instalado por Estados Unidos y Arabia Saudita, es importante apreciar el tamaño de la deuda pública estadounidense. La deuda que posee el gobierno federal estadounidense es sui generis en el sistema internacional. La deuda en poder del público, en valores federales (Securities en mano de entidades y/o dueños que no forman parte del gobierno estadounidense) es de $14 billones (catorce millones de millones, con doce ceros), y en tenencias intergubernamentales (Securities en cuentas que son administradas por el gobierno estadounidense, o sea deuda que tiene el gobierno estadounidense con sí mismo) es de $5.4 billones, para un total de $19.4 billones (unos 106% del PIB anual estadounidense). 45% de esta deuda – unos $6.2 billones – se encuentra en manos de gobiernos foráneos: la China posee $1.25 billones, mientras que el Japón posee $1,15 billones. Son estas cifras las que le restan credibilidad a la moneda estadounidense.

*Le Privilège Exorbitant du les Etats-Unis*

No obstante, el sistema de petrodólares creado hace más de cuarenta años, es doblemente rentable para Washington. En primer lugar, los bancos del Federal Reserve reciben ingresos por cada dólar emitido (ya que esta moneda, en efecto, es crédito, y no está respaldada por el oro, lo cual crea deudas). Por lo tanto, los bancos obtienen ganancias fabulosas (transferencia de la riqueza desde los países del Sur hacia el sistema financiero estadounidense). En segundo lugar, todas las transacciones en dólares se llevan a cabo a través de bancos estadounidenses; en consecuencia, Washington tiene un mecanismo eficaz para el control de sus vasallos financieros que forman parte del sistema mundial de petrodólares.

Hoy en día, la República Bolivariana de Venezuela, como otros países, sufre de las consecuencias de la centralidad de la banca privada estadounidense en el sistema financiero global, cuando sus cuentas son manipuladas, congeladas y saqueadas, de acuerdo a los vaivenes de la política imperial e intervencionista del gobierno estadounidense. Washington puede congelar cuentas y activos de otros países cuándo y cómo le dé la gana, justo a raíz de los privilegios que posee, otorgados por el sistema de petrodólares que instauró hace más de cuatro décadas (entre otros factores, naturalmente).

Pero si por desgracia (para los gringos, naturalmente, y no para el resto de la humanidad) el dólar se transformaría de repente en una moneda más entre tantas otras del mercado energético (específicamente el de hidrocarburos), la inmensa cantidad de dólares que existe en el sistema financiero internacional perdería una gran parte de su valor, ya que quienes poseen dólares empezarían a salir de estos y regresarían a su punto de origen - el Federal Reserve - creando un efecto inflacionario devastador para la economía estadounidense, y destruyendo lo que queda de su hegemonía en el sistema internacional. El problema para los países que poseen Securities estadounidenses, es que, al depreciarse el dólar estadounidense, al igual pierde valor las deudas que ellos poseen. Desplazar el dólar de su posición hegemónica en el sistema financiero internacional – por lo menos de manera brusca e inmediata – implicaría la pérdida de una gran parte de las riquezas de los países acreedores de Estados Unidos. Es un caso clásico de “damned if you do, damned if you don´t” (condenado si lo haces, condenado si no lo haces).

Por todo lo antes mencionado es que compartimos completamente el criterio del antiguo ministro de finanzas francés (luego presidente de la República), Valéry Giscard d'Estaing (atribuido erróneamente al Presidente francés Charles De Gaulle), cuando identificó la hegemonía del dólar estadounidense en el sistema Bretton-Woods como un “privilège exorbitant” (privilegio exorbitante). Mientras que la Posición de Inversión Internacional Neta (NIIP por sus siglas en inglés) - la diferencia entre las inversiones (públicas y privadas) de un país en el exterior (sus activos), y sus pasivos en el exterior (públicos y privados) – de Estados Unidos es negativa (es decir, es un país deudor), los ingresos de ese país siempre son positivos. Para lograr este “milagro” económico y a cambio de ofrecer una moneda de reserva internacional, todos los otros países del mundo han tenido que sostener económicamente a Estados Unidos, desde el mismo día que ese país empezó a desarrollar presupuestos deficitarios.

Al ofrecer una breve y reducida explicación sobre lo que aquí denominamos como el “patrón petrodólares”, podemos ahora abordar el tema de cómo Estados Unidos protege dicho sistema. Irak, Libia, Irán y Siria: estos son los eslabones de la lucha de Washington para preservar el sistema del petrodólar. La destrucción o asedio de estos países no se puede explicar simplemente con el hurto de sus reservas petroleras, sino debemos al igual examinar los cambios que estos países pretendieron instaurar en el sistema de petrodólares creado por Estados Unidos y Arabia Saudita. Primeramente, tomaremos el caso de Irak.

Los Petroeuros de Saddam Hussein

En octubre del año 2000 (Irak se encontraba bajo un agobiante sistema de sanciones, impuesto por Estados Unidos a través del Consejo de Seguridad de la ONU), las Naciones Unidas aprobó la solicitud del gobierno de Bagdad de pagar todas las transacciones por el programa “Oil for Food” en euros, en vez de dólares. En ese momento, Bagdad vendía lo equivalente a $60 millones diarios en petróleo, lo que constituía para entonces unos 5% del total de las exportaciones petroleras globales. Hasta el año 2000, no existía ni un solo país miembro de la OPEP (o países productores de petróleo no-OPEP) que estaba dispuesto a desafiar las reglas del patrón petrodólares: todos cotizaban en dólares, y todos cobraban en dólares. Claro, para entonces, el dólar estadounidense no demostraba las mismas debilidades estructurales que ahora son evidentes, por lo cual no existían razones concretas para abandonar el dólar. El caso de Irak antes del 2003, era naturalmente sui generis, ya que ese país – enterrado en sanciones, embargos y “expulsado” del ámbito internacional - no tenía más nada que perder (o por lo menos eso era lo que se imaginó – muy erróneamente - Saddam Hussein, como lo demuestra muy tristemente la destrucción de su país, desde el 2003 y en adelante).

Los franceses (bajo la presidencia de Jacques Chirac) y los alemanes (bajo el liderazgo del Canciller Gerhard Schröder) fueron quienes “guiaron” la decisión de Hussein del año 2000, con la esperanza de debilitar el “dólar” y el sistema de “petrodólares”, fortalecer la nueva moneda europea, y eventualmente desarrollar sus propias políticas monetarias no deflacionarias e independientes de la “estrangulación” del Federal Reserve. Desde el período 2002-2003, los apologistas de la política guerrerista estadounidense alegan que el cambio de solamente 5% de las exportaciones petroleras (las de Irak) de dólares a euros, nunca hubiera tenido repercusiones significativas para el sistema de petrodólares, por lo cual nunca fue un motivo para invadir a Irak, y podemos tranquilamente regresar a las motivaciones expuestas en CNN y FOXNEWS: la defensa de los derechos humanos, la democracia en el Medio Oriente, la lucha contra el terrorismo, etc.

La realidad es que el patrón petrodólares y la hegemonía del dólar siempre fueron y seguirán siendo la motivación principal de la mayoría de las guerras imperiales de Estados Unidos. El sistema financiero internacional – muy al contrario de lo que asumen los “gurús” de la economía neoclásica y monetarista – no depende, en su funcionamiento en la realidad social, de abstractas ecuaciones matemáticas y del comportamiento mecánico del llamado “Homo œconomicus”, sino de la confianza que genera un sistema (vista desde un sentido emotivo o instintivo, más que de un sentido racional), y la fortaleza que exhiben los elementos del mismo (otro asunto que se juzga emotivamente). Una sola pequeña acción en el marco de un sistema financiero capitalista que se desvíe o que rompa con las normas establecidas (el statu quo), a pesar del limitado impacto que pudiera tener esta acción en el momento que suceda, siempre suele generar desconfianza y dudas, las cuales virulentamente “infectan” todo a lo largo del mismo sistema (particularmente si este depende de la confianza en una moneda que no posee respaldo alguno) y pudiera debilitarlo considerablemente.

La decisión de Hussein, por si misma, no hubiera transformado dramáticamente el panorama del mercado energético global, empero esa misma acción representaba un peligro eminente para Estados Unidos: la “ruptura” de una barrera psicológica en el ámbito internacional, o desde el punto de vista ideológico estadounidense, se temía un “efecto dominó”: si Irak lo hace, luego tendríamos países como Indonesia, Irán, Venezuela, etc., todos exigiendo lo mismo, y la “estampida” de países abandonando el dólar sería catastrófica, eventualmente. No era el suministro de petróleo hacia Estados Unidos que estaba en peligro, sino el propio sistema de petrodólares. Asuntos como la confianza y la percepción de fortaleza (menos no la verdadera fortaleza, eso es de menor importancia en las economías capitalistas), son de suma importancia en el sistema financiero global (particularmente las que operan bajo ideologías como el monetarismo y la economía neoclásica), y deben ser protegidos por todas las legiones del imperio, con la finalidad de sofocar cualquier intento de cuestionar o debilitar la hegemonía imperante.

Una barrera psicológica como esta fue debilitada antes de la triste destrucción de Mesopotamia: el Presidente Hugo Chávez Frías cruzó en agosto del 2000 – a pie - una frontera internacional tanto física como psicológica, cuando pasó de Irán a Irak para visitar a Saddam Hussein. Desde entonces, Estados Unidos duplicó sus esfuerzos para invadir el país árabe (y eventualmente castigar el país latinoamericano por su “transgresión”). El peligro no era tanto la presencia del Presidente Chávez en Bagdad, sino la posibilidad de que se deslegitime (o peor, se derrumbe) el sistema de sanciones reforzado únicamente por Estados Unidos contra Irak, a través del incremento de visitas por parte de otros jefes de Estados a Mesopotamia, siguiendo los primeros pasos dados por el líder venezolano.

La historia reciente nos puede confirmar la siguiente tesis. Estados Unidos siempre buscará la manera más imponente y veloz para sellar el primer “agujero” que pudiera aparecer en sus “represas” de poder, no tanto por el peligro de unas cuantas gotas de agua, sino por los otros agujeros que pudieran abrirse, después del primero (de nuevo con el “efecto dominó”). Los petroeuros de Hussein no eran un verdadero peligro para la hegemonía del dólar, pero si era (y sigue siendo) de inmensa importancia para Estados Unidos demostrarle al resto del mundo qué pudiera suceder cuando alguien o algo se atreve a desafiar la hegemonía estadounidense: eventualmente, te encontrarán ahorcado (Saddam Hussein en el 2006), linchado por milicianos y mercenarios contratados por Estados Unidos y sus “junior partners” (El Gadafi en el 2011), o en el caso de que seas blanco y europeo, quizás solamente sufras la desgracia y el desempleo (Strauss-Kahn en el 2011). Es como cada comisión estatal que se establece para luchar contra la mafia en Italia o los carteles de droga en Nuestramérica: quienes insisten en crearlas, terminan muertos, tarde o temprano.

La destrucción de Irak y la ocupación de lo que quedó de ese país después del 2003, fue un medio idóneo y contundente para imponer un claro y manifiesto aviso para todo el planeta: “Peligro: se está construyendo una unipolaridad”. Las dimensiones financieras de este mensaje, son bastante explicitas, para quienes quieran verdaderamente verlas: Wall Street determina y controla el sistema financiero global (quizás con la ciudad de Londres como “junior partner”) y el patrón petrodólares es la única infraestructura viable para sostener el indicado sistema. Todos quienes pretenden desafiar esta lógica, terminan muertos, sus países destruidos, o sus economías en jaque. Los únicos que aún no han sufrido estas calamidades son los rusos y los chinos (aunque los rusos si sufren de sanciones gringas, cada día más hostiles e imponentes), quizás por el tamaño que poseen en el sistema internacional (y la audacia, creatividad, eficiencia y dedicación de sus líderes y la paciencia y fortaleza interna de sus pueblos).

Los europeos desafiaron a Estados Unidos, primero con la “pequeña jugada” de los petroeuros de Saddam Hussein, y luego quitándole toda legitimidad a la invasión estadounidense, en el Consejo de Seguridad de la ONU, entre el 2002 y el 2003. Aún sigue siendo memorable para cualquier observador y analista internacional, los gestos de puro odio vistos en el rostro del entonces secretario de defensa estadounidense - Donald Rumsfeld - cuando escuchaba en febrero de 2003, durante una conferencia de seguridad en Múnich, las palabras del entonces ministro de relaciones exteriores del gobierno de Schröder, Joschka Fisher, en inglés (para que todo el mundo entienda): "My generation learned you must make a case, and excuse me, I am not convinced" (mi generación aprendió que siempre tienes que argumentar y demostrar tú posición, y me disculpas, pero no estoy convencido). Trece (13) años más tarde, Hussein ya tenía años de haber sido ejecutado, los gobiernos de Chirac y Schröder fueron reemplazados por gobiernos como el de François Hollande (aliado incondicional de todas las aventuras imperiales estadounidenses, prácticamente el “Tony Blair” francés) y el de la Señora Ángela Merkel, mientras que el Euro – la moneda que pretendía desplazar el dólar en el mercado energético mundial – vive por sus últimos estertores.

Las “armas de destrucción masiva” que buscaba Estados Unidos en la Irak de Saddam Hussein no existían en los búnkeres de ese país, ni tampoco en su subsuelo, sino en los daños que pudiera sufrir el sistema de petrodólares si la decisión iraquí hubiera sido generalizada. ¿Qué importan las consecuencias de la destrucción de Irak - entre el surgimiento de “Al Qaeda” y la creación de “Daaesh” - cuando el único objetivo que cuenta es salvar la moneda estadounidense es?

El Dinar de Oro de El Gadafi

Luego tenemos el caso de Libia, en el 2011. En esta “splendid little war” - como los anglosajones llamaban su invasión a Cuba en 1898 - la lucha por la supremacía del dólar y el patrón petrodólares es aún más evidente que en el caso de Irak. De acuerdo a ciertos analistas internacionales, el petróleo libio, y el deseo estadounidense de colocar en Trípoli a alguien de su confianza (“pro-occidental”) para controlar el suministro del rubro, fueron las motivaciones más importantes de esta breve y sangrienta guerra. Aunque las verdaderas motivaciones no se alejan mucho del tema petrolero, en honor a la verdad y con la finalidad de ser más precisos (y este es el propio objetivo del documento actual), debemos insistir en que la invasión estadounidense a Libia (junto a sus lacayos británicos y franceses), fue motivada principalmente por la necesidad de castigar otro “atrevido” y “grosero” desafío al sistema de petrodólares.

La secretaría de justicia de Estados Unidos (nunca se entendió porque no fue el propio departamento de Estado), presentó un documento al congreso estadounidense en el 2011, justificando la “intervención humanitaria” de su país en Libia, alegando lo siguiente: mantener la “estabilidad regional” y otorgarle “credibilidad” a las Naciones Unidas. Con estos argumentos, queda bien claro que el gobierno estadounidense ni siquiera se esforzó un poco para fabricar “justificaciones” medianamente creíbles para su intervención en Libia. Por lo menos en el caso de Irak fabricaron e inventaron informes de armas de destrucción masiva, compras de uranio y “alianzas” entre el Qaeda y Saddam Hussein – todas eran absurdas y falsas, naturalmente, pero por lo menos se esforzaron un poco.

Cuando Estados Unidos se sumó físicamente al proyecto de destrucción de Libia, ya las fuerzas bajo el control de Muammar El Gadafi estaban en las últimas etapas (10 de marzo de 2011) de recuperar el control sobre las ciudades de Bengasi y Misrata. Si hubieran alcanzado sus objetivos, la mal llamada “estabilidad” se hubiera logrado, sin intervenciones externas. En vez, la intervención de la OTAN exacerbó la inestabilidad, en vez de reducirla, y tampoco ayudó el rechazo de Estados Unidos al llamado (en junio del mismo año) por parte de El Gadafi, a celebrar elecciones generales en Libia, bajo el escrutinio de las Naciones Unidas y el resto de la comunidad internacional. Pero claro, lo de la estabilidad regional es pura ficción: la guerra va por las buenas o por las malas, como sea. Adicionalmente, ¿desde cuando Estados Unidos ha estado preocupado por la credibilidad de las Naciones Unidas, si ha sido el actor internacional que más se ha dedicado a manipular, desafiar y desacreditar el señalado organismo? La idea de Estados Unidos como “guardián” de la legitimidad y la efectividad de la ONU, es tan ridícula y absurda, que quien suscribe no pretende perder tiempo analizando este asunto.

Estados Unidos asesinó El Gadafi (nos recordamos de las famosas palabras de la “Señora” Hilary Clinton, al ser informada sobre el asesinato del líder libio: “We came, we saw, he died”, con una riza malévola y macabra que representa muy fielmente la verdadera política exterior gringa, a lo largo de los siglos) y destruyó completamente su país en el 2011 para acabar - de la manera más clara, violenta y contundente que ese país pudiera proyectar - con las “locas” ideas del líder libio sobre la Unión Africana y los posibles cambios propuestos por este al sistema financiero internacional.

En febrero del 2009, El Gadafi – al asumir la presidencia de la Unión Africana – cometió el error fatal de insistir en la creación del llamado “Estados Unidos de África”. Existían otros líderes africanos que compartían el criterio de El Gadafi: el ex - presidente de Senegal, Abdoulaye Wade, informó en el 2010 que dicha unión pudiera existir para el 2017. El proyecto de los Estados Unidos de África buscaba la creación de una unión política, administrativa, pero sobre todo monetaria del continente, en la cual los africanos tendrían una moneda regional propia, respaldada por los depósitos de oro de los países miembros. Durante el mismo tiempo, El Gadafi había señalado repetidamente la necesidad de abandonar el dólar por parte de los países africanos y del Medio y Lejano Oriente, a favor del dinar de oro, una moneda que pudiera obtener su respaldo de los depósitos de oro de una cantidad predeterminada de países africanos y asiáticos.

Si queremos saber que tan bueno hubiera sido las propuestas impulsadas por El Gadafi para los pueblos africanos, solo tenemos que buscar la reacción de los imperialistas del Norte: el ex – presidente francés, Nicolás Sarkozy, al escuchar sobre la propuesta libia, opinó lo siguiente: “Libia es una amenaza contra la seguridad financiera de la humanidad” (con la palabra “humanidad”, seguramente se refiere a los siguientes cuatro grupos: Wall Street, the City of London, La Défense y el Bankenviertel. En este mundo, los africanos no son parte de la “humanidad”). Irónicamente, aunque muchos creen que los “protagonistas” principales del proyecto de destrucción de Libia son los de siempre – el premio nobel de la Paz, el Presidente Barack Obama y su entonces Secretaria de Estado, la “Señora” Hilary Clinton – en realidad el proyecto de destrucción del país norafricano fue originalmente francés.

El Gadafi – empleando el poder financiero bajo su control y la proyección política que poseía en la África Subsahariana - pretendía reducir drásticamente la influencia del Palacio del Elíseo sobre las ex – colonias africanas del ahora difunto imperio galo. Esto último no es una mera “teoría de conspiración”: Dos años después de destruir a Libia, el sucesor de Sarkozy – el Señor François Hollande –invadió a Malí y patrocinó el Movimiento Nacional para la Liberación del Azawad (MNLA, por sus siglas en francés) justo para proteger los depósitos de uranio en el Níger (75% de la electricidad en Francia proviene de sus plantas nucleares – es prácticamente su “petróleo”).

Adicionalmente, el dinar de oro libio hubiera fácilmente desplazado el llamado “Franco CFA” (Franco de la Comunidad Financiera Africana), la moneda común de 14 países africanos (ex - colonias francesas), fijada al euro y garantizada por la tesorería francesa (y no por la Unión Europea). ¡Y después se preguntan porque los terroristas atacan a Francia! Existe al igual otros elementos que ayudaron a tomar la decisión franco-estadounidense de destruir a “Al Yamahiriyah Al Arabiyah Al-Libiyah” (el Estado de las Masas Árabes de Libia): El país africano poseía un Banco Central que era completamente del Estado, y para que la banca internacional realice negocios en Libia, era obligatorio primeramente pasar por el Estado (vale destacar también que aún existen muchos pozos petroleros a ser descubiertos en Libia: quedan aún muchos contratos y concesiones jugosas por obtener).

Ese mismo banco central libio poseía unas 144 toneladas de oro, las cuales no son muchas comparadas con las de Francia (2.450), pero eran lo suficiente como para financiar una unión entre varias naciones africanas subsaharianas (o una moneda regional). Aparentemente, no solamente los petrodólares estuvieron momentáneamente en peligro por las propuestas de El Gadafi, sino la economía francesa (existen informes – aunque no se pueden sustentar, naturalmente – que las primeras manifestaciones en Bengasi fueron “estimuladas” por el Servicio Exterior Secreto de los franceses, el llamado “Direction Générale de la Sécurité Extérieure - DGSE”). Alegremente para la política francesa, todos estos peligros fueron “neutralizados” con la muerte de El Gadafi y una cantidad grande de sus compatriotas. Felizmente para los europeos y anglosajones, la gente que actualmente se está matando para controlar lo que quedó de Libia, ni piensa en cosas “absurdas” como desafiar la moneda francesa en África, unir los pueblos subsaharianos, o desplazar el dólar estadounidense.

El Ganador del Premio Nobel de la Paz – el Presidente estadounidense Barack Hussein Obama – tomó la decisión en febrero del 2011 de “congelar” $30 mil millones en cuentas que pertenecían a Libia, en lo que fue el “congelamiento” (en realidad, un simple y vulgar atraco perpetrado por un Estado contra otro) más grande de activos extranjeros realizados por Estados Unidos, en base a sanciones impuestas por el gobierno de ese país (de este tipo de acciones es que proviene el miedo saudita por sus $750 mil millones en Securities). La secretaría de finanzas de Estados Unidos informó que el “congelamiento” era de los recursos de la “familia” del El Gadafi y de ciertos “funcionarios” de alto nivel del gobierno libio.

En realidad, los activos congelados pertenecían al gobierno libio y a su banco central. Estos recursos – los cuales son diferentes a los recursos libios que fueron igualmente “congelados” por la Unión Europea durante el mismo periodo (unos $45 mil millones adicionales) – estaban destinados a la creación del Banco de Inversiones en Sirte, Libia, un posible Fondo Monetario Africano en la ciudad de Yaundé, Camerún y el Banco Central Africano en Abuya, Nigeria, el cual, con su dinar de oro, hubiera acabado con el Franco CFA (ver los correos electrónicos del 2011 enviados por Sidney Blumenthal a Hilary Clinton, cortesía de nuestros amigos en WikiLeaks).

El periódico francés “Libération” informó en el 2011 que los miembros del llamado Consejo Nacional de Transición libio – los que se voltearon contra El Gadafi – habían prometido al gobierno de Sarkozy 35% de las reservas de petróleo libio, a cambio de recibir su apoyo político y militar. Otro miembro del mismo consejo luego informó, después del asesinato de El Gadafi, que a raíz del apoyo que le otorgaron países como la China y Rusia a El Gadafi, sería bastante difícil que obtengan concesiones petroleras en la nueva Libia.

Paradójicamente, y después de todo lo que se ha evidenciado sobre la destrucción de Libia en los últimos cinco años, aún existen personas que mantienen – de la manera más obtusa, irracional y contradictoria – la idea de que la intervención de la OTAN en Libia fue para salvar al pueblo libio, fortalecer la ONU, bla bla bla, etc. Existen quienes dicen que todo esto que presentamos aquí son meras “teorías locas y de conspiración”, y deben ser descartadas (sin explicar precisamente porqué son “teorías de conspiración”). Empero aquí no hay conspiraciones: la realidad no está oculta, los norteamericanos ni siquiera se esforzaron en esconderla. Cada quien ve lo que le dé la gana, aparentemente.

Los SDRs de Strauss-Kahn

Paralelamente y casi al mismo tiempo que se dio la lamentable destrucción de Libia, el político francés del Partido Socialista - Dominique Strauss-Kahn (ojo, este político es tan “socialista” como Blair y Hollande) – se encontró obligado a renunciar su cargo como director del FMI, a la vez de abandonar sus aspiraciones (casi seguras) de alcanzar la presidencia francesa (en vez, la ganó el otro “socialista”, Hollande). Desde Estados Unidos (específicamente, Nueva York), se generó un “escándalo sexual” en mayo de 2011, que tenía como protagonistas al propio Strauss-Kahn y una camarera de origen africano que trabajaba en el hotel Sofitel de Nueva York, con acusaciones de violación que luego fueron completamente suspendidas, pero solamente después que renunció del FMI y abandonó su pre-candidatura presidencial.

Los cargos contra Strauss-Kahn fueron abandonados a raíz de la ausencia total de credibilidad por parte de sus acusadores. Esto fue un asunto relámpago, como la propia destrucción de Libia: en pocos días, Strauss-Kahn pasó de ser la estrella del FMI y el futuro presidente de Francia, a un “violador” y degenerado adicto sexual – una triste y lamentable víctima de un “Honey Trap”, como lo llaman los anglosajones. ¿Qué barbaridad cometió el Señor Strauss-Kahn para que le destruyan su carrera profesional de esta manera?

Strauss-Kahn, aparentemente, se volvió “loco”, entre los años 2009 y 2011. Desde el 2007, Strauss-Kahn manifestó sus intenciones de aplicar extensas reformas al FMI, con el fin de que la “estabilidad financiera sirva los propósitos de la comunidad internacional”. Palabras muy valientes y audaces, sin duda alguna, particularmente considerando que, por lo general, la comunidad internacional es la que está al servicio del sistema financiero, y nunca, al contrario. Luego, la “demencia” y “locura” de Strauss-Kahn se hizo más preocupante y pronunciada, cuando expresó la necesidad de desplazar el dólar de su posición como moneda de reserva mundial. Aparentemente, el Señor Strauss-Kahn, ni se dio cuenta de lo que le sucedió a Saddam Hussein, ni mucho menos estaba monitoreando cómo su país y Estados Unidos perseguían a El Gadafi hasta su muerte, en el 2011.

El plan de Strauss-Kahn (originalmente propuesto por el premio nobel canadiense Robert Mundell en 1998, entre otros) contemplaba incrementar significativamente el rol de los llamados “derechos especiales de giro” (Special Drawing Rights: SDRs, por sus siglas en inglés). Los SDRs fueron creados por el FMI en 1969 (originalmente con un “pegging” al oro), como una reserva internacional complementaria, en el contexto del sistema de paridades fijas de Bretton-Woods. Los países que participaban en este sistema necesitaban reservas oficiales—tenencias del gobierno o el banco central en oro y monedas extranjeras de amplia aceptación— que pudiesen ser utilizadas para adquirir la moneda nacional en los mercados cambiarios, de ser necesario, a fin de mantener su paridad cambiaria.

Ahora bien, los SDRs no constituyen una moneda, ni mucho menos un activo frente al FMI. Más bien, representan activos potenciales frente a las monedas de libre uso de los países miembros del FMI. Aunque no representan una moneda oficial y física, los mismos pudieran transformase – si hubiera existido la voluntad política – en una moneda (más como un “mecanismo” que una moneda, propiamente dicha) de reserva global. Actualmente, los SDRs representan una cartera de monedas fuertes, libremente utilizables en el comercio internacional y las finanzas, y que incluyen – desde el 2016 - las siguientes: el euro, la libra esterlina, el renminbi o el yuan (la moneda china fue recién introducida al SDR, a pesar de las objeciones estadounidenses), el yen y el dólar estadounidense.

La audaz propuesta de Strauss-Kahn era incrementar drásticamente la cesta de los SDRs, con la finalidad de que la misma actúe como una moneda de reserva internacional, y de esta manera reducir considerablemente los efectos de “contagio”, típicos de las crisis financieras globales, como la crisis del período 2007-2008. La propuesta de incrementar los SDRs de Strauss-Kahn pretendía rectificar el problema más grave del sistema de reservas actual (la hegemonía del dólar). En la actualidad, el aumento del suministro de reservas en el sistema internacional, solamente puede darse a través del aumento de la deuda pública estadounidense. Esta lógica implica que el gobierno estadounidense debe mantener eternamente un déficit, subiendo constantemente el llamado “debt ceiling”: el límite que se impone a la cantidad de deuda que puede ser emitida por la tesorería, establecido anualmente por una ley del congreso estadounidense. Esto, naturalmente, hace del sistema financiero internacional una estructura altamente riesgosa, precaria e inestable.

Con el incremento de los SDRs, los bancos centrales de la mayoría de los países tendrían activos de reserva que reflejarían de manera más exacta y fiel las realidades de la economía global, en vez de la imposición absoluta del dólar estadounidense. Si no existen suficientes dólares en cualquier dado banco central, pues el euro, el yen o el yuan (o una combinación de estos) pudiera sustituir los dólares y actuar como reservas internacionales, de acuerdo al valor particular de la (s) moneda (s) seleccionada (s), en la cesta de monedas de los SDRs del FMI, en un dado momento. De acuerdo al FMI, los productos internos brutos (PIB) como porcentajes del PIB mundial - a valores de paridad del poder adquisitivo (PPA) - de los países miembros del SDRs para el 2015 son los siguientes, a saber:

1. República Popular China: 16.31%

2. Estados Unidos de Norteamérica: 16.12%

3. Zona Euro: 12.1%

4. Japón: 4.4%

5. Gran Bretaña: 2.36%

Lo cual constituye un total de 51.29% del PIB global. No obstante, la moneda de reserva internacional para toda la economía global, depende solamente de una de estas monedas, la cual representa 16.12% del PIB global, en vez de 51.29%, si se reemplaza la señalada moneda por los SDRs. Peor aún para Estados Unidos, la “demencia” de Strauss-Khan lo llevó a proponer instrumentos financieros insólitos, como los bonos de SDRs, con la finalidad de reemplazar los Treasuries estadounidenses, los mismos que andan circulando por todo el sistema financiero internacional, alimentando el sistema de petrodólares. La propuesta incluía la posibilidad de negociar el petróleo y el oro en SDRs, en vez de dólares estadounidenses.

La última tarea del “intrépido” jefe del FMI, fue exigirle a Estados Unidos la entrega de unas 191.3 toneladas de oro que se le debía al FMI, para consolidar su plan con los SDRs. En vez de concluir el asunto, fue arrestado a raíz de ciertas e indeterminadas alegaciones de abuso sexual, no muy diferentes a las que enfrenta actualmente el fundador de WikiLeaks, Julian Assange. Los medios de comunicaciones globales se olvidaron por completo de los SDRs y los planes de Strauss-Kahn, y en vez se enfocaron en buscar nuevas “Monicas Lewinskis” y “Lindas Tripps” para destruir al ex – jefe del FMI (como le hicieron a Assange con las señoritas Anna Ardin y Sofía Wilen), manteniendo de esta manera los “mejores estándares” de prensa amarilla que siempre se espera de los medios de comunicaciones dominados por Estados Unidos.

Ciertas Realidades sobre el Sistema Internacional

En sus memorias publicadas en 2007, el ex jefe del Federal Reserve, Alan Greenspan, escribe lo siguiente: "Me entristece que sea políticamente inconveniente reconocer lo que todo el mundo sabe (!): La guerra de Irak es principalmente por petróleo". Ese mismo año, el actual secretario de defensa estadounidense, el entonces senador Chuck Hagel, admitió: "La gente dice que no estamos luchando por el petróleo; Por supuesto que estamos". Aunque toda persona seria y que no pretende ser una tuerca más de las tantas que conforman las inmensas maquinarias mediáticas globales entiende que existe una relación entre las guerras, los dólares y el petróleo, pocas comprender el grado de complejidad que une a estas tres, ni cómo estas determinan las luchas geopolíticas más importantes de nuestros tiempos.

En los últimos años, Estados Unidos ha logrado resolver una parte de sus problemas energéticos (específicamente la dependencia de países foráneos para suminístrale recursos energéticos), a través de la llamada "revolución de esquisto" (Shale Oil). Muchos consideran que Estados Unidos ya no está tratando de crear y mantener regímenes bajo su control en el Medio Oriente, para que estos se encarguen de proporcionar – de manera constante - petróleo y gas a Estados Unidos (y quizás negársela eventualmente a países como la China). En realidad, la extracción del petróleo de esquistos es rentable, solamente cuando tenemos precios altos, entre 60 y 100 dólares por barril. Con los precios actuales, una gran parte de sus procesos no-convencionales corre el riesgo de perder su rentabilidad, y por ende su contribución en la “independencia energética” de ese país. Las tecnologías de shale oil mejoran cada día, pero es innegable que muchos pozos convencionales y no convencionales sufren en la actualidad de los precios bajos de los hidrocarburos.

De acuerdo a un estudio elaborado en julio del 2016 por un instituto de investigaciones noruego llamado “Rystad Energy”, Estados Unidos posee las reservas más grandes del mundo, con 264 mil millones de barriles (el informe le otorga a Venezuela unos miserables 95 mil millones de barriles, sin explicar específicamente de dónde sacó esa cifra. Aparentemente, los noruegos colocaron en la basura la certificación de las reservas petroleras venezolanas elaborada por el Comandante Chávez). Más de 50% de esos 264 mil millones de barriles se encuentran en forma de esquistos, y su extracción no sería rentable, hasta que los precios del crudo retomen sus valores del período pre-2014. Más importante, la señalada cifra incluye fuentes aún por ser descubiertas y proyecciones a futuro, y no refleja la actualidad existente y extraíble. Si buscamos una cifra más fiel para las reservas estadunidenses, esta se encuentra en la United States Energy Information Administration (Administración de Información Energética de Estados Unidos): 36.358 millones de barriles, para el 2014 (aunque esto no incluye las reservas estratégicas).

Por eso es que insistimos en la importancia de todos los aspectos de la industria petrolera, para poder comprender la geopolítica estadounidense. Es absolutamente imperativo y altamente estratégico para Estados Unidos dominar todos los aspectos de dicha industria: las reservas, ya que se le puede acabar más rápido de lo que ellos alegan, las rutas de suministro, y por eso se encuentra en una guerra global de oleoductos en Asia Central, el sureste asiático y Asia Occidental (incluyendo el oleoducto “TurkStream”, recién establecido (octubre 2016) por los presidentes Recep Tayeb Erdogan y Vladimir Putin), el sistema de distribución y las refinerías, pero quizás aún más importante, es el mantenimiento del sistema (o patrón) petrodólares y la hegemonía del dólar como moneda para adquirir el petróleo, y como moneda de reserva internacional.

Es una concepción popular creer que Estados Unidos está luchando en tantas frentes internacionales y de manera casi simultánea, simplemente para asegurar sus fuentes no – interrumpibles de petróleo, particularmente las que se encuentran en el Oriente Medio. En realidad, la lucha no es solamente por el suministro del oro negro, sino al igual y quizás con más ímpetu, por la supremacía del dólar estadounidense en el mercado de dicho rubro. La hegemonía estadounidense en el sistema internacional durante el Siglo XXI, es y seguirá siendo hasta su fin, una de carácter financiero, en primer lugar.

Ya la hegemonía económica estadounidense no es una del ámbito productivo, pues desde hace un tiempo (desde los tiempos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher), Estados Unidos y Gran Bretaña sacrificaron su primacía productiva e industrial, a favor de otorgarle todo el poder a sus mercados financieros. La producción mundial se desplazó hacia las potencias asiáticas, principalmente la India, los denominados “tigres asiáticos”, y la China como la potencia productiva más grande del mundo. Alternativamente, “Wall Street” y “The City” (quizás con La Défense y el Bankenviertel como “junior partners”) son los centros que pretenden mantener el control sobre las venas y arterias de la economía global, justo a través del patrón petrodólar.

Los dueños del Federal Reserve tienen un interés directo en todo esto, obviamente. Por ejemplo, la República Popular China ha establecido relaciones cada vez más estrechas con Irán, a pesar de todas las sanciones. Lo que irrita a Washington (y específicamente a los dueños del Federal Reserve) de todo esto, es que el comercio entre los dos países no se lleva a cabo en dólares estadounidenses, sino en base a trueques, mecanismos de compensación, o en unidades de moneda nacional (rial iraní o yuan). La gran mayoría de los países no desean – por lo menos de manera voluntaria - adquirir recursos energéticos con dólares estadounidenses. Este sistema se mantiene solamente a través de la fuerza – aplicada principalmente contra los productores y exportadores.

Saddam Hussein y Muammar El Gadafi fueron exterminados y sus países destruidos, pero las motivaciones nunca tuvieron que ver con el carácter tiránico o antidemocrático de los mismos: si fuera por “salvar” y “fortalecer” la democracia, existen muchos países africanos que poseen esas mismas características e incluso genocidios a escala monumental, sin tener intervenciones humanitarias, resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU, ni tampoco a Donald Rumsfeld, Condoleezza Rice o Hilary Clinton gritando a favor de invasiones y “regime changes”. Claro, esos países africanos casi nunca tuvieron figuras “dementes” e “inestables” que hablen sobre la sustitución del dólar en el comercio de los hidrocarburos, o la necesidad de obtener una moneda de reserva mundial que se aleje del dólar estadounidense.

Tristemente, las dictaduras y la represión en la África subsahariana son solamente identificados muy diplomáticamente como “sucesos lamentables”, pero nadie hace nada, excepto quizás multinacionales como De Beers y su “Central Selling Organisation”, con sede en la ciudad de Londres, y la Lazare Kaplan International en la ciudad de Nueva York, quienes se dedican a extraer los “diamantes de sangre” del continente africano, alimentado todas estos “sucesos lamentables” (los cuales en realidad son guerras civiles y genocidios). Alternativamente, las dictaduras y la represión en países como Irak, Siria, Libia, etc., son igualmente lamentables, pero aquí si es que se hace mucho, pues dichos regímenes y sus países son inmediatamente reemplazados por un inmenso cráter – nos referimos aquí a “cráteres” figurativos, aunque en ciertos casos esto aplicaría de manera completamente literal - en donde anteriormente existía una nación, un Estado, y, sobre todo, una economía soberana (y que funcionaba, por lo menos hasta la llegada del “civilizador” estadounidense y sus aliados europeos).

Irónicamente, no fueron estos líderes del Medio Oriente quienes más se acercaron a lograr la sustitución de la moneda nacional estadounidense, sino el señor Strauss-Kahn. Desde su posición en el FMI, tenía las herramientas y las circunstancias necesarias para por lo menos debilitar un poco el efecto “estrangulador” de la moneda estadounidense sobre la economía global. A raíz del verdadero peligro que representó, nos extraña que el señor Strauss-Kahn solamente sufrió un leve escándalo sexual, y no terminó como Hussein y El Gadafi. Quizás porque en el fin, el señor Strauss-Kahn es blanco, europeo y “civilizado”.

Observaciones Finales: La Guerra Fría y la Moneda Global

Este último punto sobre Strauss-Kahn nos trae a los acontecimientos más importantes sobre este tema. Los enemigos principales de la hegemonía estadounidense – tanto la hegemonía geoestratégica y militar, como la hegemonía económico-financiera – son la Federación Rusa y la República Popular China. Por eso es que desde el año 2008 – cuando estalló la Guerra de Osetia del Sur del 2008 – quien suscribe empezó a denominar el conflicto geopolítico actual entre Estados Unidos por un lado y Rusia y China por el otro, como una “Guerra Fría”. Desde entonces, las evidencias al respecto van acumulándose, y la actual guerra en Siria es quizás la mejor evidencia que fortalece y sustenta esta tesis. Rusia lucha a través de su proyección militar y sus experiencias diplomáticas y políticas adquiridas durante la última Guerra Fría. No obstante, ¿Cuál es el rol de la China en este conflicto geopolítico global?

La China es ahora el actor principal que busca acabar con la hegemonía del dólar estadounidense, y en realidad, es quizás la potencia con el mejor chance de lograr lo que Strauss-Kahn nunca pudo. En primer lugar, la pesadilla estadounidense de que existen transacciones internacionales en el mercado energético que no utilicen el dólar, ya son realidades: La Federación Rusa actualmente cobra yuanes chinos por sus ventas de petróleo a la República China, y a raíz de esto, logró desplazar por primera vez a Arabia Saudita en el mercado energético chino (el reino wahabita aun insiste en cobrar dólares por su petróleo). Las sanciones estadounidenses y europeas contra la Federación Rusa después del 2014, estimularon la alianza sino-rusa en varios ámbitos, principalmente en la sustitución de petrodólares por “petroyuanes”, por lo menos en el comercio bilateral. Hasta los momentos, 34 bancos centrales tienen acuerdos de intercambio monetario con el gobierno chino (entre su moneda nacional y el Yuan), otorgándole cada día más acceso a la moneda china en los mercados financieros internacionales.

Los chinos no pretenden reemplazar el dólar con el yuan de manera brusca y/o acelerada, sino consolidar el plan de Strauss-Kahn (originalmente de otros, como ya habíamos señalado). El yuan fue rechazado como moneda para la cesta de SDRs en el 2010, producto de presiones estadounidenses, pero desde el 2013, el yuan se ha establecido como la tercera moneda más estratégica del sistema financiero global (después del Dólar y el Euro, superando el Yen). Debemos al igual tomar en cuenta las implicaciones de la exitosa creación del Banco Asiático de Inversión en Infraestructura, en enero del 2016, proyecto que fue resistido ferozmente por Estados Unidos, y que actualmente incluye a más de 57 Estados miembros, entre ellos Francia, Gran Bretaña y Alemania (dejando por fuera a Estados Unidos y Japón). El gobierno chino solicitó durante el 2015 - por segunda vez - la inclusión del yuan en la cesta de SDRs, y a pesar de las mismas presiones estadounidenses, el yuan ahora forma parte de los SDRs, desde octubre del 2016.

La estrategia china de corto plazo es incluir su moneda en la cesta de los SDRs, e incrementar la cantidad de transacciones financieras y comerciales globales que utilizan el yuan. Paralelamente, la China busca implementar el plan de adquisición de oro más ambicioso de los últimos tiempos, comprando poco a poco y ocultando sus verdaderas reservas de este metal, con la finalidad de impedir que se disparen sus precios en el ámbito internacional. En el 2016, la reserva de oro china (por lo menos la anunciada oficialmente) es de 1.823 toneladas métricas (unos meros 2% del total de reservas mundiales de oro), comparado con los supuestos 8.133 toneladas métricas de oro que posee Estados Unidos, y las 3.378 toneladas métricas que posee Alemania.

Cabe destacar que mientras el gobierno estadounidense se apropió de todo el oro de su país en 1934 (Gold Reserve Act of 1934), los japoneses se robaron una gran parte del oro chino durante la Segunda Guerra Mundial: La China tuvo que reconstruir sus reservas casi de cero. No obstante, lo impresionante de las reservas chinas actuales es que su valor saltó de 395.1 toneladas métricas en el año 2000, a 1.823 en el 2016, un incremento que no se evidencia en cualquier otro país. La China está acumulando – lentamente – todo el oro que el mercado le permite adquirir.

Actualmente, y de acuerdo con las cifras del FMI, el yuan forma solamente 11% de la cesta de SDRs (por encima del Yen y la Libra Esterlina, y por debajo del Dólar y el Euro), mientras que el Dólar estadounidense posee unos 41%. Parte de la estrategia china de largo plazo es incrementar su espacio dentro de la cesta, y adquirir la cantidad más grande de oro posible, con la finalidad de respaldar su moneda – y eventualmente los SDRs como moneda de reserva internacional – con las reservas de oro de Estados Unidos (si es que existen), de la Unión Europea y de su país.

En relación a la Federación Rusa, sus realidades son otras, y sus luchas contra la unipolaridad estadounidense exhiben estrategias un poco diferentes a las empleadas por líderes rusos como Nikita Jrushchov y Leonid Brézhnev. La Rusia de Vladimir Putin no es la Unión Soviética de “Koba” (José Stalin): es una versión reducida del propio poder soviético. No obstante, los “gurús” estadounidenses del realismo político y los “expertos” del ámbito internacional, suelen hablar del llamado “poder blando” que posee actualmente Estados Unidos – una expresión nueva en el léxico arcaico del realismo político, ya que este solamente posee expresiones que se ajustan al poder militar de los Estados. Ese denominado “poder blando” implica ciertas realidades no muy cómodas para el poder hegemónico gringo: como ellos, otros pueden ejercer su “poder blando”, y sin tener los inmensos recursos que posee el mastodonte anglosajón.

La Unión Económica Euroasiática, la Organización de Cooperación de Shanghái y la Organización que aglutina a Brasil, Rusia, India, China y Suráfrica (BRICS), son solamente una pequeña muestra de las múltiples instancias multilaterales empleadas muy hábilmente por la diplomacia rusa, para romper el cerco geopolítico que pretendió imponer Estados Unidos (y con menos entusiasmo, la Unión Europea) contra la Federación Rusa, luego de la anexión rusa de la península de Crimea en el 2014. Una política exterior activa y dinámica en el ámbito internacional (relaciones bilaterales entre Rusia y otro país) y en el ámbito multilateral (relaciones entre Rusia y varios países, en el marco de una o más organizaciones internacionales), logró neutralizar las pretensiones geopolíticas de Washington contra el Kremlin (la elusiva “unipolaridad” del Departamento de Estado norteamericano), y hoy en día, no se puede tomar decisiones sobre la cruente guerra contra el pueblo sirio, sin el rol decisivo de la diplomacia rusa.

La Federación Rusa ha logrado colocar múltiples obstáculos en el sendero de sangre y lágrimas que es la unipolaridad estadounidense, a través del empleo adecuado de ciertas ventajas estratégicas, diplomáticas y políticas que poseen los rusos, entre las cuales podemos resaltar la diplomacia, la máquina de guerra de ese país euroasiático en el Medio Oriente, y la alianza estratégica entre Moscú y Pekín. Pero en el ámbito económico y financiero, la Federación Rusa posee pocas herramientas para enfrentar la República Anglosajona. Alternativamente, el único actor que realmente pretende reducir el ímpetu estadounidense hacia la imposición de un sistema incuestionablemente unipolar en la economía y las finanzas globales, es la República Popular China – incluso, es el actor que posee las mejores probabilidades de lograr el “descarrilamiento” del proyecto unipolar estadounidense. Eso lo entiende Moscú, lo entiende Washington, y lo sabe muy bien la mayoría de los estrategas de la Unión Europea.

La Guerra Fría actual no es una continuación de la Guerra Fría del Siglo XX, sino una lucha titánica a escala global protagonizada por múltiples polos – entre ellos tenemos los polos más importantes: el chino, el ruso, el norteamericano, y hasta cierto punto el europeo – en la cual se pretende o ampliar (Estados Unidos y sus aliados) o reducir (Rusia, China y sus aliados) la unipolaridad estadounidense. A nuestro criterio, una gran parte de este enfrentamiento geopolítico global, no se está gestando con las mismas armas que emplearon las potencias Aliadas y las del Eje durante la Segunda Guerra Mundial (ya que no es una guerra “caliente”, sino fría), sino empleando las armas del ámbito financiero y económico. Entender el sistema internacional en la segunda década del Siglo XXI, ya no implica simplemente conocimientos sobre los arsenales de guerra de las potencias globales, sino una comprensión sistemática y detallada de los petrodólares, los yuanes, los SDRs, los déficits fiscales, los “Securities” estadounidenses y las reservas de oro.